

## LA REINDUSTRIALIZACIÓN URGENTE También para la industria de mono azul

Asistimos, desde hace más de 25 años, a una rápida y constante reducción de la actividad industrial en la economía española y, especialmente, en el sector manufacturero; eso ha venido ocurriendo, tanto en los períodos de prosperidad como, más acentuadamente aun, en los de depresión. La tan dañina burbuja inmobiliaria pudo ser otro de los factores que contribuyeron a ello.

Ante la competencia de los países de bajo costo laboral, da la impresión de que se ha optado por el camino más fácil: no invertir esfuerzos ni fondos en ganar competitividad por la innovación y decantarnos por el abandono, proclamando que el futuro está en los "servicios", claro está, con preferencia en los basados sobre los dones climáticos que la naturaleza ha prodigado en nuestro suelo. Y, en todo caso, pretendiendo generalizar una llamada industria "de bata blanca", lógicamente aun de muy reducido volumen económico, científico y ocupacional. De ese modo, la incidencia industrial en el PIB español difícilmente llega al 15%, cuando por ejemplo en Alemania se acerca al 30%, teniendo como consecuencia, la desaparición de muchos puestos de trabajo consolidados y de formación técnica, frente a los inestables y con muy bajo nivel de la mayoría de esos tan proclamados "servicios".

Ya desde su primera designación, el Presidente Obama tenía claro el camino para reducir el paro y mejorar la autoestima en las zonas más castigadas de Detroit o Chicago, que bien había conocido por su desempeño anterior: un apoyo decidido a la industria manufacturera. Todos recordamos su presencia en la apertura de la planta de una empresa española fabricante de aerogeneradores, poco usual en nuestro mundo político. Y ese esfuerzo de innovación y tecnología ha continuado con la creación de un elevado número de nuevos puestos de trabajo.

Pero ese nuevo impulso que necesitamos en la industria manufacturera necesita de unas premisas ineludibles, sin las cuales todo objetivo carecería de sentido: una radical revisión de nuestra dimensión y estructura de las empresas industriales, la innovación activa en la definición de productos y las acciones imprescindibles para la mejora de los procesos, en un sistema productivo respetuoso con el medio ambiente, conectado y automatizado. Sobre todo estos últimos campos resultan vitales para superar las deficiencias de competitividad que se nos presentan en un mercado globalizado.

Cualquier Plan de Reindustrialización que se implemente no tendría sentido y quedaría en meras ayudas dispersas e ineficientes si no se cuenta con las premisas básicas: una política local que considere positivamente a la industria como fuente de riqueza, un sistema ágil para la creación de actividades productivas, una disposición de suelo industrial asequible, un adecuado coste para las distintas formas de energía, una buena infraestructura de comunicaciones y la mejor formación posible, teórica y práctica para los cuadros técnicos.

Es en este aspecto en el que no dudamos de que los ingenieros industriales podemos responder a cualquier desafío, a pesar del disperso panorama que presentan las titulaciones de máster derivadas de los acuerdos de Bolonia. Queda en manos de nuestras Escuelas considerar que, para afrontar una recuperación industrial, es preciso que los jóvenes ingenieros dispongan de una formación lo más multidisciplinar posible y que sean capaces de abordar, con ilusión de futuro, el trabajo en las industrias de "mono azul" con el convencimiento de que se trata de una actividad tan importante y tecnológica como la que más y de que es un sector, quizá el único, capaz de llevar a buen puerto la economía y el empleo del país.

editorial